

COPEMAN, Fred (2022): *La razón en marcha*. Edición e introducción a cargo de Luis Arias González y José Luis Martín Rodríguez. Sevilla: Ed. Renacimiento. Colección Biblioteca de la Memoria. 22 ilustr., 352 pp. ISBN 9788419231505.

La editorial Renacimiento, dentro de su conocida colección «Biblioteca de la Memoria», nos presenta una primera –y muy cuidada– edición en español de la autobiografía de Fred Copeman (1907-1983) –*Reason in Revolt*–, traducida y editada por Luis Arias González y José Luis Martín Rodríguez. Arias contribuye con su experiencia en el ámbito de la historia social y el género biográfico, mientras que su compañero, Martín Rodríguez, aporta sus conocimientos en literatura y en la cultura inglesa popular contemporánea para dar como resultado una obra que es mucho más que una mera traducción crítica al uso. Si en algunos libros las notas a pie de página aparecen como un mero ejercicio de erudición, aquí cumplen la función primordial que las caracteriza, guiando a los lectores en la laberíntica época en que discurre la vida de Copeman y situando a los innumerables personajes que conformaron su universo vital, facilitando y enriqueciendo así la lectura y la comprensión de estas atípicas confesiones.

Si usted forma parte del grupo de impacientes que acostumbran saltarse los prólogos e introducciones para ir directamente al meollo de la cuestión, cometerá en este caso una gravísima equivocación. Resulta indispensable pararse a leer el excelente trabajo previo que encuadra el texto de Copeman en toda su complejidad y que deja patente la aportación historiográfica del

mismo, muy por encima de la de otros testimonios de exbrigadistas británicos que, sin embargo, han alcanzado un mayor eco mediático por razones a veces ajenas a su valor documental. Por otra parte, los editores y traductores ofrecen en su introducción toda una serie de interesantes pistas para justificar la oportunidad de resucitar un texto como este en nuestros días y el valor simbólico que encarna el biografiado en el momento presente, tan pleno de analogías con los tiempos y circunstancias que le tocaron en suerte.

Básicamente, la autobiografía recorre un proceso de conversión; un sorprendente «camino de perfección» que conduce al autor desde el comunismo al catolicismo, en medio del torbellino que sacudió a Europa desde el final de la I Guerra Mundial hasta bien entrados los años 40 del pasado siglo. Puede que nos parezca una pirueta contra natura, pero no sería el único que se atreviera a dar este salto mortal sin red, aunque también hay que señalar que hubo quienes recorrieron este mismo camino, pero en el sentido inverso. En realidad, lo que vemos es la historia de una profunda decepción, asumida sin odios ni rencores, pero en la que sobrevuela el sentimiento doloroso que provocan el engaño y las traiciones. Cierto es que Copeman no abandonaría nunca sus ideales forjados en la adolescencia y en la primera juventud, cuando una rebeldía difusa acabó canalizándose en la lucha social y en anhelos de transformación igualitaria; con estos principios se integraría en la Iglesia Católica, en el Laborismo y, durante una breve etapa, en el movimiento del *Rearme Moral* fundado por Buckman.

Precisamente, su paso por el *Rearme Moral* supuso el detonante que le llevó a materializar estas memorias escritas en 1948 por encargo –y con la ayuda– de la editorial Blandford Press, una ramificación de la eficaz red propagandística de dicha organización ecuménica y antimarxista entonces en su momento más exitoso y hoy casi olvidada. Fue así como alguien completamente ajeno al mundo de la escritura acabó convertido en autor, probablemente a su pesar y tras una continua lucha contra la gramática y los principios básicos de la redacción. En estas páginas no esperen encontrar la menor carga literaria; más bien parecen la transcripción textual de una charla con un viejo camarada que se confiesa, en una tarde de invierno, junto a una botella de cerveza y un pedazo de queso. De todas formas, todo este desaliño y esta evidente falta de estilo tienen también su encanto y aportan al libro una enorme sensación de verosimilitud y cercanía.

Copeman se nos aparece aquí tal y como fue: a veces brutal, violento o incómodo, siempre rebelde y resuelto, un hombre de acción en el sentido barojiano del término. Otro rasgo fundamental de su carácter es la búsqueda permanente de una familia que nunca tuvo y a la que intenta sustituir con diversos sucedáneos, ya fuera la confraternización en las filas de la Marina Real, el amparo del sindicalismo de las *Trade Unions* o la camaradería del partido comunista, hasta que, finalmente, encuentra su nicho vital en las filas católicas y en la familia que él mismo encabeza junto a Kitty, antigua compañera del partido. Esta carencia afectiva arranca de la infancia terrible

padecida en los hospicios ingleses de entreguerras y que prosiguió con igual dureza durante su estancia en la Armada Británica. En la etapa militar surge su veta de líder cuando dirige –y luego para– el famoso motín de Invergordon en 1931, secuela de la crisis del 29. Una condición que desarrollará exponencialmente al entrar de cabeza en el activismo comunista de los primeros años 30, dirigiendo las marchas del hambre y protagonizando las protestas y tensiones en la calle, los enfrentamientos con la policía y con los seguidores de Oswald Mosley que le acarrearán estancias en las cárceles. Luego vendría su aventura decisiva como brigadista internacional en la guerra de España. Allí asistimos con él a las batallas del Jarama y Brunete en toda su descarnada dureza. La visión que da está muy lejos de la épica de otros relatos y no ahorra detalles al describirnos aspectos de las Brigadas Internacionales referentes a la lamentable dirección, la incompetencia de sus mandos, el agobiante control comunista, las desercciones, las enfermedades fingidas, las tensiones internas y las divisiones por motivos nacionalistas... Aun así, siempre mantendrá un respeto enorme hacia los voluntarios internacionales, a su tributo de sangre –al que él mismo contribuye– y a su entrega por unos ideales que compartirá en el futuro, entendiendo que ellos fueron la vanguardia anticipadora contra el fascismo, a pesar de los pesares y de lo que denomina «la traición soviética». Tras esta experiencia decisiva en su peculiar camino a Damasco, proseguirá el desengaño. Siendo miembro del Comité Central del Partido Comunista Inglés, fue invitado a un viaje a Rusia en

1938; los continuos agasajos, comilonas y ballets no impidieron que advirtiera todas las contradicciones y miserias del sistema que sumía a los obreros rusos en una situación deplorable, mucho peor que la del más miserable de los proletarios ingleses. El golpe definitivo se lo dará el Pacto germano-soviético al abrirle los ojos del todo; acabará expulsado abruptamente del partido, sufriendo toda una campaña de acoso y derribo por parte de la Agitprop y de los sectores afines. Sin duda, esta resulta ser la parte más interesante del libro y toda una utilísima guía para militantes en activo y exmilitantes nostálgicos. El funcionamiento interno del PC británico, su sometimiento a Stalin, a las prácticas políticas y de destrucción o anulación personal –tan de actualidad hoy–, suponen un aviso para navegantes y una denuncia valiente de las miserias del comunismo sin paños calientes, sin concesiones, sin nostalgias.

Cualquier otro hubiese quedado hundido y amargado pero su naturaleza le lleva a levantarse, implicándose en la II Guerra Mundial hasta donde pudo y le dejaron. Imposibilitado para combatir por sus antiguas heridas y por su condición de excombatiente de un ejército extranjero, será uno de los puntales de la Defensa Civil de Londres. Sin apenas darse importancia, cuenta primero su labor como conferenciante gracias a su experiencia previa frente a los bombardeos aéreos en España y, después, su participación en la compleja estructura de los refugios y albergues del Londres sometido a las bombas alemanas. En esta etapa será recibido en el Palacio Real y colaborará, codo con codo, con lores, con

políticos conservadores, con dirigentes religiosos y vecinales, ampliando sus miras ideológicas y tomando conciencia de la necesidad de la colaboración interclasista en el mundo que va a surgir tras la Guerra. Por su labor, recibe la Orden de Caballero del Imperio británico, en recompensa a sus muchos méritos y se bautiza. Lo que vendría después –el Rearme Moral, la vuelta al trabajo como un simple capataz, una fracasada carrera en la política local...– quedaría sepultado por el olvido más absoluto, incluso para el franquismo que bien podría haberle utilizado como mascarón de proa anticomunista.

Con esta publicación específica para el público español, la editorial Renacimiento ha saldado, por fin, la deuda que se debía a la memoria de Cope-man. En la ingente bibliografía sobre la Guerra Civil apenas se le cita y cuando así se hace, salvo excepciones, es puesto en entredicho o minusvalorado por sus errores e imprecisiones, por otra parte, tan comunes a la mayoría de las memorias de los voluntarios extranjeros republicanos. Los tópicos que se han vertido sobre él y su condición de «verso suelto» oscurecen a un personaje que padeció, participó y hasta protagonizó algunos de los episodios claves de la historia europea y mundial. Sorprende que, a los cuarenta años de su muerte, este hombre que tanto amó a España, a su peculiar modo, siga incomodando por igual a comunistas y a totalitarios y, también, a ciertos historiadores empeñados en considerar como únicas fuentes fiables todo lo que no ponga en duda sus prejuicios.

Javier Íñiguez de Onzoño Martín